

Capítulo 11

—Si no eres mía, tampoco serás de nadie.

No solía prodigarse mucho fuera del club, y menos desde que había visto aquella sombra de su pasado una semana antes, pero aquel día había discutido con el ruso y necesitaba airearse. Fue por una gilipollez, pero era tal el desasosiego que le consumía que se lo había tomado a la tremenda, generando una gran bola por una nimiedad. Por eso decidió que le vendría bien un trago en el pueblo. Cogió la pequeña motocicleta que usaba para sus escasos desplazamientos y en unos minutos estaba en el bar Hermanos Casado de Navaleno con un cubata de ron entre las manos, aún temblorosas por la tensión recién vivida.

Iba ya apurando la cuarta copa cuando a su espalda escuchó una voz familiar que le susurraba en su mismo idioma.

—Hola João —saludó con frialdad.

El rostro se le puso lívido y las pulsaciones se le aceleraron. No podía ser, había huido miles de kilómetros, se había ocultado en un pequeño pueblo perdido del interior de otro país, en otro continente, e incluso así le había encontrado. Trató de calmarse sin conseguirlo y desistió enseguida de salir corriendo pues su posición al final de la barra, tras un recodo, apenas le dejaba escapatoria. Se giró lentamente para ver el semblante de quien le hostigaba desde que mandó a aquellas chicas a España.

—Hola Edilson —su voz tartamudeaba de manera evidente y un sudor frío recorría su cara— ¿qué te trae por aquí?

—¿Acaso no lo sabes?

—Mira tío, necesitaba dinero...

—Tch, tch, tch —le cortó poniéndole un dedo en los labios. Su físico era descomunal a pesar de haber perdido la mano izquierda—. Aquí no, ven conmigo.

Dejó un billete de veinte euros en la barra y le hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera. João le acompañó a regañadientes, sabedor de que en su estado de embriaguez no tendría forma de escabullirse. Un golpe helado le recibió al salir del local, contribuyendo también a que se le bajase la cogorza. Ya había anochecido y la temperatura había descendido con brusquedad pese a la época del año en que se encontraban. Dos hombres de unos 50 años subían las escaleras que conducían a la tasca, por lo que Edilson agarró con el brazo sobre el hombro a su antiguo compañero de aventuras para que no se le ocurriese hacer ninguna tontería.

—Sube —le ordenó señalando con un movimiento de cabeza el asiento del acompañante de una furgoneta desvencijada que había sido de color blanco.

João obedeció no sin antes mirar a la desesperada a su alrededor buscando una tabla de salvación. Los dos paisanos ya habían accedido al bar, y la soledad de la calle en las inmediaciones era fiel reflejo de la gélida noche.

—Te juro que no sabía que a las chicas las traían para prostituir las —mintió cuando llevaban recorridos unos kilómetros bajo un silencio sepulcral—. Si lo hubiese sabido jamás se lo habría propuesto a Wendy tío —protestó ante el silencio de su acompañante.

—Ya —fue la árida respuesta.

—También era mi amiga tío. ¿Tu crees que la habría mandado a esta puta mierda si hubiese sabido de qué se trataba?

Edilson frenó en seco y sacó el vehículo de la carretera casi derrapando para adentrarse en una oscura pista forestal.

—Joder Edilson, te estoy diciendo la verdad — la desesperación le torturaba, una angustia

que se hizo mayor cuando intentó abrir la puerta de la furgoneta para lanzarse en marcha y comprobó que el seguro estaba echado. Empezó a temblar como un chiquillo asustado.

El conductor detuvo la furgoneta. Un claro en el bosque de pinos dejaba pasar las primeras luces de la luna llena, tamizadas por las pocas nubes que aún quedaban tras haber amainado la lluvia que cayó durante buena parte de la jornada.

—No te creo João —las facciones de Edilson evidenciaban su enojo—. Has demostrado que la amistad para ti no vale una mierda, has destrozado la vida de Wendy por un puñado de dinero, has arruinado mi vida separándome de quien más quería mediante engaños y mentiras y ahora me vienes con estas. No cueles colega.

—Te juro por lo más sagrado que te estoy diciendo la verdad Edilson —João estaba descompuesto, sabedor por la cara de su acompañante de que nada bueno le podía esperar—. Me engañaron a mí, me dijeron que todo sería perfecto para las chicas, que no les faltaría de nada y que tendrían un buen trabajo. Yo necesitaba el dinero tío, ya sabes cómo es la vida en la puta favela, pero cuando empecé a sospechar que no era todo tan bonito me vine para comprobarlo e intentar sacar a Wendy de esta mierda. Nunca se me ocurriría engañarte tío, somos amigos...

Con un movimiento fugaz Edilson sacó un largo punzón que escondía bajo su asiento y lo clavó en la sien de su viejo amigo. El ruido del cráneo al romperse con la fuerza de la embestida se fundió con la sorpresa en la mirada de João, instantes antes de caer muerto.

—Mientes —sentenció antes de volver a arrancar.

Condujo unos cientos de metros más por el camino hasta dar con una vieja construcción con evidentes signos de abandono. Paró el motor y escudriñó el lugar en busca de alguna señal de peligro, pero pronto se dio cuenta de que aquel parecía un sitio seguro. Bajó de la furgoneta y de la parte trasera extrajo una pala de hierro oxidado. Dio una vuelta alrededor hasta encontrar un sitio adecuado y comenzó a cavar a unos metros del edificio de madera y planchas de metal que le recordó a las casuchas de su Pirambú. Antes de tirar el cuerpo inerte en el agujero registró sus bolsillos y se hizo con su documentación y algo de dinero. Nunca había matado a nadie, pero João lo merecía por lo que le había hecho a Wendy. Mientras echaba las últimas paladas de tierra sobre el cadáver, las lágrimas le recorrían las mejillas.

A ella no le extrañó mucho la súbita desaparición de João. Tal como vino, de repente, se fue. A saber en qué andaría metido, pero desde luego nada bueno, pensó. Se acordó de aquel chaval franco y un poco taciturno con el que compartió aventuras y gamberradas en la favela. La adolescencia, que en los arrabales de las ciudades brasileñas tiende a hacerse muy corta por la prematura asunción de responsabilidades a la que obliga la pobreza, fue para él una especie de metamorfosis. Aunque retraído siempre estaba al quite para echar una mano o sacar de un apuro a sus amigos en la infancia. Cuando creció las hormonas le desarrollaron no sólo el físico sino también el habla y la capacidad para relacionarse, provocando en él una mutación que sorprendió, y mucho, a sus antiguos amigos, quienes poco a poco fueron siendo sustituidos por otros chicos que rayaban en lo que sus madres denominaban malas compañías y, sobre todo, chicas. Antes de que sus caminos se volvieran a cruzar aquel aciago día en Pirambú, João ya había tenido tres o cuatro hijos y todos con distintas mujeres, lo que daba muestras de sus nuevas habilidades sociales. Se preocupó un poco cuando las otras chicas comenzaron a elucubrar sobre su ausencia, exponiendo teorías de todo tipo, algunas de lo más inverosímil. Incluso una de ellas les contó que sospechaba que el Ruso se lo había cargado tras la bronca que tuvieron unos días antes y que todo

el mundo en el club pudo escuchar, afirmando que llamaría a la policía por si las moscas.

Pero su ausencia se convirtió también en la constatación por parte de Wendy de una extraña presencia que la acompañaba a menudo en su vida diaria, generalmente cuando salía del club a enviar dinero o a dar un paseo para liberarse por un rato de la atmósfera soporífera del burdel. No sabría describirlo con exactitud, pero fueron varias las ocasiones que, caminando por la carretera o las calles de Navaleno, sintió que alguien la seguía. Cuando reunía el valor suficiente para girar la cabeza y poner cara o forma a aquello que fuese lo que la acechaba, siempre había desaparecido. Una y otra vez, y siempre con el mismo resultado. A pesar de que era una chica valiente no pudo evitar cierta aprehensión por lo que sucedía, así que cuando Carlos, un chico joven que era cliente habitual del prostíbulo, le propuso verse algunos días fuera de las instalaciones del local de alterne, a ella no le pareció mala idea. Quizás así se sentiría algo más segura.

Carlos era panadero y regentaba una pequeña tahona en Cabrejas del Pinar, un pueblecito que distaba apenas diez kilómetros del Tropical. El oficio, le contó, lo había heredado de su padre, que regentaba una panadería en un populoso barrio de Madrid, pero a quien la repentina muerte de su esposa por un cáncer pillado a destiempo le había agriado el carácter hasta el punto de hacer imposible la convivencia con él. Por eso cuando un amigo le comentó la posibilidad de alquilar la tahona de Cabrejas, Carlos no se lo pensó dos veces. Su escaso círculo de amistades se alarmó con la decisión, un pequeño despacho de pan en un minúsculo pueblo de apenas 400 habitantes era un negocio condenado al fracaso. Pero él necesitaba huir, necesitaba alejarse de una relación tan dañina como la que mantenía con su progenitor, y aquella fue su vía de escape.

A base de tesón y de mucho trabajo consiguió ir haciéndose con una amplia cartera de clientes entre los bares, restaurantes y casas rurales de la zona, porque estaba claro que con los pocos abuelos que aguantaban todo el año en el pueblo no iba a poder sobrevivir. Había ideado tres o cuatro variedades de panes que no eran muy habituales por la zona y que estaban teniendo una buena acogida. Antes de abrir por las mañanas la tienda en el pueblo, ya había recorrido más de cien kilómetros repartiendo sus productos recién horneados en pueblos como Vinuesa o Calatañazor. Tanto trabajo, unido a su forma de ser —su madre, andaluza de nacimiento, siempre decía que el niño tenía poco salero— y su físico no especialmente agraciado, le suponían un obstáculo casi insalvable para salir con chicas, que de su edad tampoco abundaban en aquella zona rural. Por ese motivo, y porque tampoco encontraba objeciones morales para ello, recurría a la prostitución de vez en cuando para dar rienda suelta a sus instintos.

Siempre solía ir al Tropical, le gustaba más el ambiente que en el Mississippi, un enorme puticlub en las afueras del cercano Abejar. El de Navaleno era algo más pequeño, más tranquilo, y las prostitutas no le acosaban sin descanso cuando lo que quería era tomarse una copa sin más. Cuando conoció a Wendy se quedó alelado. No era la chica más espectacular del club, ni mucho menos, pero su mirada le transmitía un sentimiento muy cercano para él, la soledad. Al principio era un cliente más, eso se notaba, pero poco a poco ella fue abriendo la puerta de las murallas que rodeaban su corazón y Carlos fue conociendo pequeñas pinceladas de su vida. A pesar de todo, tardó meses en reunir el valor suficiente para pedirle que se viesen una tarde fuera de aquel lugar, y la respuesta afirmativa le conmovió pues esperaba una negativa rotunda.

Wendy debía andarse con cuidado, pues sabía por las compañeras que los dueños del negocio no veían con buenos ojos este tipo de relaciones, no en vano les suponía el riesgo de perder parte de su «mercancía», como ellos mismos definían a las chicas que mantenían explotadas. Aun así se embarcó en la relación, impulsada por una extraña combinación de sentimientos. Por un lado el

miedo que sentía, que seguía sintiendo desde que llegó a aquel maldito lugar que tantos sinsabores le producía. La aparición de João no había hecho más que incrementar esa sensación de temor, que se acrecentaba desde que éste se esfumó sin dejar ni rastro y ella empezó a percibir la misteriosa sombra que la acechaba.

Por otro lado, se sentía muy sola. Toda su vida la había pasado rodeada de gente, de mucha gente. La favela era así, nadie tenía un duro, pero todos convivían en comunidad. La vida se hacía de puertas para afuera por lo que las relaciones sociales adquirirían una enorme importancia en el desarrollo de su existencia. Y eso se aprendía desde muy pequeños, cuando recorrían las calles aledañas jugando sin parar o, en la época del año que abundaban las precipitaciones, cuando todos los niños se juntaban semidesnudos bajo los canalones de las casas para reír y saltar con lo que denominaban el *baño de lluvia*.

En Soria era muy distinto. El clima de dominio absoluto que ejercían quienes manejaban el cotarro, un tal Osvaldo y sus matones, no favorecía el desarrollo de relaciones de amistad entre las chicas. Camaradería sí había, aunque siempre hubiese algunos roces, pero no solía pasar de ahí. Con Edivania quizás era con la única persona que había logrado confraternizar un poco más, pero le exasperaba su forma de ser. Llevaba ya tantos años en la prostitución que había bajado los brazos, había abandonado cualquier atisbo de buscar su libertad. Wendy era una luchadora nata y no concebía qué había llevado a su amiga a rendirse. Ella desde luego no estaba dispuesta a dejarse su juventud en aquel agujero, pero tenía que andarse con cuidado y jugar bien sus cartas si no quería volver a pasar por el averno.

Todo cambió el día que aquella extraña presencia cotidiana salió a la luz pasados unos meses desde que empezó a manifestarse. Era una mañana de verano, el sol calentaba pero aún era soportable cuando Wendy se dirigía al banco para hacer una transferencia con la que su madre pudiese pasar un par de semanas. Fue al llegar al pueblo cuando le vio allí inmóvil, de brazos cruzados, con la mirada fija en ella desde la acera de enfrente.

El corazón le dio un vuelco a la chica. Desde aquella fatídica noche de su fiesta de despedida en Fortaleza no había vuelto a saber nada de él, pero en su mente resonaban aún sus palabras desesperadas para que ella no tomase el avión al día siguiente. Todos los días desde que llegó recordaba lo que su amigo le dijo antes de partir, y cada día se maldecía por no haberle hecho caso. Y la vergüenza y la rabia por cómo había reaccionado con él la torturaba sin descanso. No se lo merecía. Y, sin embargo, allí estaba él otra vez, a miles de kilómetros de su casa, con una franca sonrisa iluminando su rostro.

Wendy cruzó la calle sin percatarse de la llegada de un pequeño coche blanco de fabricación italiana, que tuvo que frenar en seco para no llevársela por delante. Se libró del atropello, pero no de los improperios que le lanzó el conductor, un joven del pueblo que en su ignorancia aprovechó para insultarla por el color de su piel. Pero los oídos de Wendy estaban cerrados y sus ojos no veían más allá de su amigo por lo que, perplejo por la falta de reacción de la víctima de sus insultos, el paleta optó por continuar su camino.

—Edilson —murmuró ella cuando estuvo a su lado.

—¡Wendy! —exclamó él abriendo los brazos y atrayéndola hacia sí.

—Pero... ¿Qué haces aquí? —su voz temblaba por la emoción.

—He venido para llevarte a casa —dijo mirándole con sinceridad a los ojos.

Ella se retiró del abrazo y le contempló con preocupación, pero él aparentaba estar muy

seguro de lo que decía.

—Wendy, no pongas esa cara, lo tengo todo pensado. Llevo un tiempo siguiendo tus movimientos y hasta que no he tenido todo bien atado no me he atrevido a dar el paso. El próximo día que libres salimos zumbando a primera hora en la furgoneta, cruzamos la frontera con Portugal y llegamos a Lisboa. Como imaginaba que tienen retenido tu pasaporte he hablado con un amigo que vive allí y un contacto suyo nos va a tener preparado uno falso. Llegamos, te hacen una foto, la pegan y cogemos un vuelo directo a Fortaleza.

—Pero Edilson, cuando se enteren de que me he largado darán orden de hacerle daño a mi madre, esta gente es muy peligrosa y tienen contactos allí —un velo de preocupación cubría la cara de Wendy.

—No te preocupes, no le pasará nada a tu madre, también lo he tenido en cuenta. ¿Te acuerdas de Fabio, nuestro viejo colega?

—Sí —asintió ella.

—Bueno, pues ya está sobre aviso, a una llamada mía iré a buscarla y la llevaré a un lugar seguro.

—Pero está João, él conoce a Fabio y puede enterarse de dónde están. Estuvo aquí unos meses, pero imagino que volvió a Brasil porque hace tiempo que desapareció.

—Por ese tema no te preocupes. —Puso la mano derecha en su hombro—. De verdad, créeme, João ya no será un problema.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo pero no quiso preguntar el por qué de tanta certeza. Edilson le explicó que una vez en Fortaleza recogerían a su madre y se trasladarían a una zona muy despoblada al sur del estado de Mato Grosso para iniciar una nueva vida. Aún conservaba buena parte del dinero que robaron Paulo y él y que le costó su mano izquierda, y con eso tendrían lo suficiente para comprar unas tierras y unas cabezas de ganado e iniciar una nueva vida. Sus palabras transmitían confianza y firmeza, pero ella no acababa de verlo con tanta claridad como su amigo.

—Tú lo ves demasiado fácil pero yo me juego mucho en todo esto. Déjame que lo piense, ¿vale? —sugirió ella—. La semana que viene quedamos aquí a la misma hora y te doy una respuesta definitiva.

—De acuerdo —accedió Edilson—, aquí estaré.

Estaba a punto de marcharse cuando se dio media vuelta y le preguntó:

—Edilson, espera —rogó la chica—. ¿Por qué lo haces?

La emoción del chico era palpable, sus ojos vidriosos le delataban.

—Porque te quiero Wendy.

Un par de días después Wendy fumaba un cigarro en la trasera del club durante un descanso por la noche, dándole vueltas a la propuesta de Edilson. No estaba exenta de riesgos, pero cada vez que lo meditaba más convencida estaba de que habría que intentarlo. Temía que algo pudiese salir mal, pero no por ella, que ya poco tenía que perder, sino por su madre. Si algo se torcía no dudaba que aquellos desalmados irían a por la persona que más quería en el mundo. También le preocupaba la declaración de amor de Edilson. Bien es cierto que ya se lo había confiado en la favela la noche antes de venir a España, pero en aquel momento Wendy estaba ya subida en una montaña rusa de sentimientos por la partida y no le dio mucha importancia. Nunca le había desagradado aquel chico, sino todo lo contrario. Era guapo, tampoco para tirar cohetes, pero resultón. Era simpático,

recordaba la facilidad con que le hacía reír y, sobre todo, tenía un corazón enorme. Quizás lo de irse a vivir juntos en el interior de Brasil era lo que veía con menos claridad en este asunto, pero decidió ponerlo en cuarentena. «Ya se verá», pensó.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no se percató de que su cigarro se había apagado. Buscó en un bolsillo el mechero y cuando se disponía a encenderlo de nuevo, una de las puertas traseras del club se abrió de golpe y un cuerpo salió volando del interior para estrellarse en el suelo. El Ruso y Romero, otro de los matones de Osvaldo Requena, salieron tras él y comenzaron a darle patadas sin que el chaval pudiese levantarse. Wendy se encontraba en una zona de penumbra cerca de la otra esquina del edificio, donde no la podían ver, pero ella observaba la escena desde una posición privilegiada, sin atreverse a intervenir por miedo a los sicarios.

Se estaban ensañando con el pobre chico, sobre todo el Ruso, que estaba desatado. Fue Romero quien puso un poco de cordura a la situación y apartó a su compañero con un tajante «¡Basta!» que evitó males mayores. Se agachó junto al muchacho, lo agarró del pelo levantándole la cabeza y le dijo:

—Deja de meter las narices donde no te llaman o acabarás como Óscar.

Wendy lo escuchó con toda claridad, y se hizo un ovillo para tratar de pasar más desapercibida. Los dos gorilas regresaron al interior por la misma puerta por la que habían salido y el chico se levantó, no sin dificultad, y puso pies en polvorosa en un estado lamentable. Cuando pasó a su lado sus miradas se cruzaron por un momento, pero ella fue incapaz de hacer o decir nada y él huyó lo más rápido que pudo. Dobló la esquina y ya no le volvió a ver.

Al día siguiente, mientras tomaba un café con Carlos en un bar del pueblo antes de comenzar su jornada y acabada ya la de él, le contó lo sucedido. Lo hizo en voz baja, en una mesa alejada del resto de la gente, pues los tentáculos de Requena eran alargados y ya no se fiaba de nadie. Él le recomendó que tuviese mucho cuidado y que no contase a nadie más aquello por lo que pudiese pasar. «Y olvídate de ir a contárselo a la poli» le espetó.

No estaba segura de si debía contarle o no la aparición de Edilson, pero Carlos la había tratado con cariño y franqueza y consideró que sería lo más lícito hacerlo. Ya había tomado una decisión y creía que él tenía derecho a saberlo. Además, sabía que no pondría en riesgo su plan de fuga yendo con el cuento a Requena, pues en múltiples ocasiones le había confiado sus recelos hacia aquel tipo y sus secuaces.

—Pero Wendy —dijo él con lágrimas en los ojos cuando hubo terminado de contarle su propósito—, yo podría llevarte lejos de esta gente ahora mismo, podría ponerte a salvo, yo cuidaría de ti. No necesitas irte con alguien a quien hace mucho tiempo que no ves y no sabes qué intenciones tiene de verdad.

—Carlos, cariño —contestó ella con dulzura—. Yo te agradezco enormemente lo que has hecho por mí, he pasado un tiempo muy bueno contigo, he estado muy a gusto, pero...

—¿Pero qué Wendy? —interrumpió él con cierta brusquedad— Mira, vendemos la panadería y con el dinero nos vamos donde no puedan encontrarnos jamás, a otro país, con otra identidad, lo que haga falta, pero yo te necesito.

—Lo sé Carlos, amor —ella intentaba apaciguarle pues notaba cómo se iba encendiendo conforme transcurría la conversación—. Pero si yo desaparezco de aquí lo primero que van a hacer es llamar a Brasil para hacerle daño a mi madre, y yo no me lo perdonaría jamás. Has sido muy bueno y generoso conmigo y no sé cómo podría pagarte todo lo que has hecho por mí estos meses,

pero tienes que entender que está en juego la vida de mi madre.

—¿Entender? —gritó él, haciendo que el resto de clientes se volviese por un momento hacia ellos. Bajó la voz cuando fue consciente de la expectación que había creado con su rugido—. Tú tienes que entender que mi vida aquí sin ti es una mierda, que hasta que te conocí mi existencia era una puta rutina sin ningún aliciente y que ahora no puedes desaparecer, no te puedes largar así, como si nada.

—Carlos lo siento, pero este país no me ha traído sino disgustos y me gustaría regresar al mío —dijo ella agarrándole las manos por encima de la mesa con ternura.

Él correspondió el gesto y cogió las manos de Wendy entre las suyas mientras la miraba a los ojos suplicándole con la mirada. Ella hizo un gesto de negación con la cabeza, dándole a entender que no había nada que hacer, que su decisión era firme y nadie podría cambiarla, a lo que él respondió oprimiendo las manos de la chica hasta hacerla daño.

—Carlos, duele, suéltame las manos ahora mismo o tendré que gritar —rogó.

Carlos cedió y soltó las palmas ya amoratadas de la muchacha. Bajó la mirada en un gesto de arrepentimiento, pero Wendy se levantó y se fue. Cuando llegó a la puerta del establecimiento miró atrás y vio la súplica en los ojos de Carlos. «No hay vuelta atrás» se reafirmó mientras abandonaba el local.

Wendy salió a fumar un cigarro a la mañana siguiente, con una taza de café recién hecho. El día había amanecido ligeramente nublado y algo bochornoso ya a esas horas. Tenía la esperanza de que Edilson se dejase ver, aunque sólo fuese de manera fugaz, pues sabía que no se aventuraría a entrar en la boca del lobo, pero en su lugar fue Carlos quien hizo acto de presencia, conduciendo su viejo Land Rover gris. No le hacía mucha gracia recibir visitas en el club fuera del horario de trabajo, si alguien les veía podría tener problemas.

—Hola Wendy —saludó alicaído, sin mucha efusividad.

—Hola Carlos —la contestación fue bastante seca, pues no olvidaba la reacción que tuvo con ella el día anterior—. ¿A qué has venido? Creo que ayer dejé las cosas bastante claras, ¿no?

—Sí Wendy, no es eso. Quería pedirte perdón por lo que pasó, creo que me excedí un poco. He estado toda la noche dándole vueltas a la cabeza y he llegado a la conclusión de que tienes razón y que lo mejor para ti es que te vayas con ese tipo y os pongáis a salvo vosotros y tu madre. Yo sólo quería decirte que ayer me comporté como un auténtico idiota y que si necesitas algo para huir, cuenta conmigo.

—Gracias, Carlos —Wendy se había emocionado con las palabras de su amigo y una lágrima resbalaba por su mejilla. Se levantó y le dio un fuerte abrazo, que él correspondió con afecto.

—¿A qué hora empiezas a trabajar? —preguntó él de repente, con una sonrisa en la cara.

—A las tres, ya lo sabes. ¿Qué se te está ocurriendo?

—Pues que tengo un pan de nueces recién hecho, jamón serrano y unas cervezas en el coche y que, como faltan casi cuatro horas para que empiece tu turno, podríamos darnos una vuelta y comer por el campo. Conozco un sitio precioso y que no está demasiado lejos. Así nos despedimos de una manera mejor, que ayer me quedé con muy mal sabor de boca.

—Carlos, sabes que si no estoy aquí a las tres en punto se van a enfadar.

—Tranquila Wendy, te doy mi palabra de que no llegarás tarde.

—Vale —concedió ella— espera un minuto que me cambie de atuendo.

Entró dentro a cambiarse de ropa. Sus compañeras dormían aún, por lo que no dijo nada a nadie y se fue con él en el coche. Por el camino le contó que iban a uno de los lugares más bonitos del entorno, el Cañón del Río Lobos, un desfiladero horadado por el río y que estaba lleno de buitres. En algo menos de media hora llegaron a su destino. El aparcamiento estaba vacío al ser un día entre semana, algo que pronto se haría extraño con la llegada del verano y los turistas. Una furgoneta blanca les había seguido a una distancia prudencial, sin que ninguno de los dos se percatase de su presencia. Carlos sacó una mochila de la parte trasera del coche y en veinte minutos recorrieron a pie la distancia que les separaba de la Ermita de San Bartolomé, mientras charlaban distraídamente.

Las nubes habían dejado paso a un sol espléndido que comenzaba a apretar, por lo que decidieron guarecerse a la sombra de una gruta cercana y aprovechar para comer algo. Carlos sacó el pan, el embutido y la bebida. De un bolsillo lateral de la mochila extrajo un cuchillo fino y alargado para cortar el pan. Wendy se acercó a la boca de la cueva atraída por el vuelo de los buitres leonados. Estaba tan extasiada mirando cómo decenas de ellos ascendían en círculos con sus alas extendidas aprovechando las corrientes térmicas que no se percató de la presencia de Carlos detrás de ella hasta que fue demasiado tarde. Notó su aliento en la nuca pero no tuvo tiempo de volverse. Con una mano le tapó la boca, asiéndola con fuerza y echándole la cabeza hacia atrás, y con la otra le rebanó el cuello usando para ello el afilado estilete. Wendy clavó sus uñas en el brazo de Carlos intentando asirse a algo, pero terminó desplomándose en el suelo mientras su cuerpo convulsionaba presa de sus últimos estertores. Su asesino se agachó y acercó su boca al oído de la chica.

—Si no eres mía, tampoco serás de nadie.

Edilson aguardaba agazapado tras unas rocas cerca del coche de Carlos. Había dejado su furgoneta unos metros antes, escondida en un recodo del camino, pero no se había atrevido a seguirles andando por miedo a ser descubierto. Sospechaba que podía tratarse de una despedida y quizás fuese más cariñosa de lo que a él le gustaría ver, por lo que decidió permanecer junto al aparcamiento. Su sorpresa fue mayúscula cuando, casi una hora después, vio aparecer a Carlos sin la chica. Venía presuroso por el sendero de tierra en dirección a su todoterreno, sin mirar atrás, lo que levantó las sospechas de Edilson, que salió de su escondrijo de un salto y se echó encima de él en el momento que abría la puerta del Land Rover. Carlos era un tipo que no destacaba por ser alto ni fuerte, por lo que la superioridad física del brasileño no admitía duda.

—¿Dónde está Wendy? —chilló con los ojos fuera de sus órbitas.

—No... no... no lo sé —acertó a contestar—. Discutimos y la dejé allí, en una cueva.

—¡Mientes hijo de puta! —vociferó Edilson mientras mantenía a Carlos sujeto con una sola mano por las solapas con medio cuerpo en el interior del vehículo—. ¿Y esta sangre? —preguntó señalando unos rastros en la camiseta del panadero.

—Es mía, te lo juro. Mira, me corté abriendo el pan para hacer unos bocadillos —dijo señalando su mano izquierda con los ojos.

Edilson siguió la mirada de Carlos hacia donde apuntaba, dándole a éste el tiempo suficiente para sacar con la mano derecha una barra de acero que escondía bajo el asiento y golpear en la cabeza al brasileño, que se desplomó en el suelo. Con gran celeridad subió al coche, arrancó, y dejó tras de sí una nube de polvo mientras huía a toda velocidad.

No sabía el tiempo que había transcurrido cuando recuperó la consciencia, aunque no debía haber

sido mucho pues el sol seguía alto aún. Se irguió no sin cierta dificultad y con un gran dolor de cabeza. Al llevarse la mano a la misma pudo comprobar que tenía sangre seca mezclada con tierra alrededor de la zona donde había recibido el golpe. Estaba algo desorientado y le costó unos segundos tomar la determinación de seguir el camino para encontrar a Wendy. Era probable que su agresor estuviese ya demasiado lejos como para darle alcance, por lo que optó por buscarla a ella primero.

Tenía la esperanza de encontrársela de frente, caminando hacia él, pero se fue disipando a medida que avanzaba y no había ninguna señal de Wendy. Recordó que Carlos había hablado de una cueva, por lo que iba atento escudriñando las paredes calizas en busca de cualquier oquedad que estuviera accesible. No fue hasta llegar a una pequeña iglesia en una zona donde el cañón se ensanchaba antes de un pronunciado meandro que vio una gran gruta junto al camino.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando, al acercarse, una pareja de cuervos abandonó la cueva. Su vista tardó unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad cuando accedió al interior. Nadie respondía a sus llamadas desesperadas. No tuvo que buscar mucho. Sus peores presagios se hicieron realidad cuando vio el cuerpo inerte de Wendy tendido en el suelo sobre un charco de sangre. Intentado controlar los nervios y el dolor por el hallazgo, se agachó junto a ella y le puso dos dedos junto a la carótida, por encima de la herida. Fue en vano pues no había pulso. Se derrumbó a su lado, hundido al constatar que el amor de su vida se había ido para siempre.

—Te vengaré Wendy, te juro que te vengaré —sollozó.